

**Iosu Ahedo, *El conocimiento de la naturaleza humana desde la sindéresis. Estudio de la propuesta de Leonardo Polo***

Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 223, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2010, 96 págs.

El libro que ahora se presenta es fruto de varios años de investigación de su autor, conocedor del pensamiento de Leonardo Polo y con experiencia en el ámbito de la educación secundaria. Quizá uno de los aspectos más significativos e interesantes de este trabajo reside en ver cómo el hábito de la sindéresis incide en el crecimiento tanto personal como esencial, en la medida en que el crecimiento personal recaba para sí el crecimiento esencial. Dicha distinción es posible señalar en la medida en que en atención a la distinción radical entre *acto de ser* y *esencia*<sup>1</sup>, la persona no es su esencia. Tener presente esta distinción permite hablar del estatuto ontológico de la criatura humana: la *dualidad*. De ahí que el ser humano apunte a esos dos tipos de crecimiento.

Desde esta perspectiva, el hábito innato de la sindéresis, desde la interpretación que hace Leonardo Polo, es determinante en la educación. Su cometido principal radica en la activación de las dos potencias espirituales, la inteligencia y la voluntad, en la medida en que toda potencia necesita ser actualizada por un acto. Esta tarea que se le otorga a la sindéresis se manifiesta clave para la tarea educativa en la medida en que las dos dimensiones de la educación, tanto la enseñanza como la formación, conllevan el crecimiento de la inteligencia y de la voluntad respectivamente. Asimismo la conveniencia del estudio de este hábito estriba en que la educación, como ayudar a crecer, no sólo ha de atender al crecimiento esencial, el qué de la persona, sino también personal, al de cada quien. La dualidad de la persona implica que el crecimiento personal recaba para sí el crecimiento esencial, siendo éste insuficiente para hablar con rigor de un crecimiento personal. Por último, es pertinente el estudio de este hábito para no identificar la educación con la transmisión de conocimientos, sino más bien con el perfeccionamiento de la naturaleza recibida y con la optimización de la persona. A estos dos tipos de crecimientos se encauza la tarea educativa.

La naturaleza humana es algo que todo ser humano tiene, pero no la tiene en la misma medida. Precisamente por ello cada persona dispone de su naturaleza porque no es algo acabado, sino que se tiene para que sea perfeccionada. La tarea del ser humano a lo largo de su vida radica en ese perfec-

---

1 “Ad tertium dicendum, quod cum dicitur: diversum est esse, et quod es, distinguitur actus essendi ab eo cui ille actus convenit”. TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. 1 a.1, ad. s.c. 3.

cionar su naturaleza que, por su condición de perfeccionable, Polo la denomina lo *disponible*. A La perfección de la naturaleza se le llama *esencialización*. En este sentido, caben diferentes grados de perfeccionamiento de lo disponible, puesto que la esencialización no es idéntica en cada ser humano. Este diferente grado de esencialización depende, en primer lugar, del tipo humano que cada quien sea —hombre o mujer— y, posteriormente, de la capacidad que cada persona tenga de perfeccionar la naturaleza recibida. Esta capacidad depende de la diferente activación del hábito de la *sindéresis* de la inteligencia y la voluntad. Por naturaleza recibida ha de entenderse lo que cada quien recibe como herencia genética, así como las dos potencias espirituales: la inteligencia y la voluntad. Éstas son susceptibles de crecimiento mediante los hábitos. Ese crecimiento es lo que se añade a la vida, y es lo que se denomina la vida añadida o la vida biográfica que llega a conformar lo que clásicamente es conocida como una segunda naturaleza. La mayor esencialización se corresponde con una mayor adquisición de hábitos por parte de la persona.

El modo por el que se puede perfeccionar la naturaleza es la esencia. De acuerdo con el pensamiento de Polo la naturaleza es lo disponible y la esencia se caracteriza como el *disponer indisponible* y, de acuerdo con la distinción señalada al principio, la persona al no ser su esencia sería quien dispone de lo disponible. En este estudio de la *sindéresis* el autor hace notar que cada persona humana posee de modo diferente la esencia humana —pues la esencialización es diferente en cada ser humano—, lo que implica que el grado de perfeccionamiento de cada ser humano esté acorde con la esencia que cada quién tiene. La esencia no se es, sino que se tiene. Nadie puede ser su esencia porque de ningún modo se puede disponer de la esencia. Este intento conlleva una serie de implicaciones antropológicas tanto para el ser humano como para la educación. A modo de ejemplo puede señalarse la confusión de la felicidad con la autorrealización, tan en boga en las propuestas educativas y psicológicas acerca del ser humano y su mejora. No conviene olvidar que la autorrealización está en el plano de la esencia, es algo que cada persona proyecta en su vida y que desea lograr. Pero esto implicaría que el crecimiento esencial culminaría en cuanto alcanza lo proyectado, y, en cambio, la persona como *coexistencia* remite al carácter de *además y apertura*, por lo que esa culminación no cabe en el ámbito esencial.

Por lo que se viene señalando, el autor aporta en este trabajo una idea que sin duda arroja luz al marco teórico que debe sustentar toda propuesta educativa: la distinción radical entre esencia humana y acto de ser personal implica la defensa de un doble crecimiento, el esencial, y, otro, propio de la persona. Al primero se le ha llamado esencialización y al segundo, optimiza-

ción. Es, por tanto, insuficiente la consideración de la virtud, el crecimiento propio de la potencia espiritual de la voluntad, como el fin último del hombre. La optimización de la persona, es decir, el libre destino del crecimiento personal es superior a la adquisición de la virtud. Este doble crecimiento, así como la dualidad que comportan ambos, ateniéndose a la superioridad de la optimización, es preciso que no sea olvidado en el ámbito educativo. La mera enseñanza o crecimiento de la potencia espiritual de la inteligencia y la formación o la ayuda a crecer para adquirir virtudes, crecimiento propio de la voluntad, ambos crecimientos en el orden de la esencia, son aspectos que toda educación debe procurar, pero sin soslayar que la persona es *además* de su actuar porque es coexistencia. Si la persona no da un sentido a su crecimiento esencial, su vida se convertiría en una autorrealización, con el consiguiente olvido de que el ser humano es objeto de la predilección divina y, por tanto, soslayando que su principal cometido es amar. Esto entraña dos aspectos; primero aceptarse como don creado, es decir, aceptar que ha sido creado por amor; segundo, darse a los demás porque sólo en esa medida se acepta a sí mismo.

Este punto me parece de un interés inusual. Si no alcanzamos a advertir que la persona es coexistencia, apertura y *además*, estamos implícita y explícitamente negando su carácter trascendente. Esa negación nos lleva de la mano a la autorrealización o proyección de la identidad en la vida de cada quien, es decir a entender la identidad como identificación. ¿Qué sentido tiene en esa perspectiva hablar de virtudes? El discurso coherente en esa identificación es el de valores. Pero de modo inmediato asumo que el crecimiento humano no es posible desde la educación —la condición de posibilidad del crecimiento esencial que es la virtud se deja de lado—. La socialización, la adaptación al entorno es la única salida factible al proyecto educativo y al modo de entender la incidencia de la educación en el educando. Pero entonces, la intersubjetividad no elude el problema que genera la modernidad con el monismo. Y la experiencia diaria, desde una perspectiva fenomenológica, nos hace ver que no hay una única persona y que cada quién se abre al igual en régimen de reciprocidad.

Pero retomemos el hilo que veníamos tratando. El crecimiento esencial es el ámbito manifestativo de la persona. Ésta se manifiesta en su actuar, pero no se agota en él, sino que es *además* y por eso puede disponer de su crecimiento, es decir, está en su mano crecer y continuar perfeccionando la naturaleza recibida o conformarse con lo que es, lo cual sería la ruina para sí mismo. La persona es el quién que dispone de lo disponible según el disponer indisponible, que es la esencia. Esta disposición del crecimiento esencial es posible sólo si la persona es libertad en sentido trascendental, porque si lo

fuera sólo en sentido categorial, no podría disponer de su crecimiento para donarlo y convertirlo en amor, se cercenaría el crecimiento personal de cada ser humano, condenándole a crecer sin sentido y cifrar su felicidad en metas insuficientes porque amar es mucho más que esencializarse.

La persona dispone de su naturaleza, en concreto, de su inteligencia y de su voluntad porque hay un hábito innato que es acto de modo natural, por sí mismo, y no por otro. Sólo de este modo lo activo en acto, la *sindéresis*, puede activar al acto natural que es pasivo, tanto la inteligencia como la voluntad. Se explica porque ambas potencias son pasivas y precisan de ser activadas. La dualidad que conforman estas potencias implica que la *sindéresis* sea dual, de modo que el *ver-yo* activa la inteligencia y el *querer-yo* la voluntad. Igualmente la activación de ambas potencias no puede ser la misma. En este sentido, la voluntad precisa de una mayor activación porque la persona se compromete en cada acto de la voluntad, ya que no sólo constituye el simple querer, que es el primer acto de la voluntad, sino que también ha de constituir cada acto voluntario. Al contrario, de lo que sucede con la inteligencia, la *sindéresis* la activa como potencia, pero no se compromete en los actos de aquella, ni es necesario que actúe en cada acto intelectual. La *sindéresis* es vista como la puerta que une la intimidad, la persona que cada quien es, con su naturaleza. De modo que cada persona puede perfeccionar más si activa más y puede alcanzar una mayor esencialización si la capacidad de activación de las potencias espirituales es mayor. Se sostiene que la *sindéresis* como es un hábito no es el mismo en cada persona, lo que supone que el grado de activación es desigual en cada ser humano.

Esta investigación acerca de la *sindéresis* es una lectura apropiada y conveniente para personas que quieran reflexionar sobre el quehacer educativo puesto que plantea que la educación no puede ser concebida simplemente una mera enseñanza, como tampoco sólo un perfeccionamiento de la naturaleza recibida, sino que este crecimiento es insuficiente si no optimiza a la persona, es decir, si no se destina por amor. Desde esta perspectiva la educación no es mera transmisión sino propuestas que hagan factible ese doble crecimiento en el ser humano. Es un texto sistemático que procura exponer los conceptos básicos de la antropología trascendental de Leonardo Polo, necesario para comprender que se educa personas y no, simplemente, sujetos o individuos. Queda patente que cada persona es un quien irrepetible y, por consiguiente, no se puede tratar en el ámbito educativo ni académico a todos por igual. Esto indica que el crecimiento personal que cabe esperar de cada uno no ha de asemejarse y de ahí que la ilusión que se desprende en la tarea

educativa se centra en que hay que personalizar la ayuda educativa, procurando lo mejor para cada uno.

Miguel Rumayor  
mrumayormail.com

**J. A. García González, J. J. Padial Benticuaga (Coords.), *Autotranscendimiento***

*Homenaje al catedrático de Filosofía D. Ignacio Falgueras Salinas, por su jubilación*, Málaga, Universidad de Málaga, 2019, 357 págs.

La obra, elaborada en honor del Profesor Falgueras, el primer discípulo de Leonardo Polo que alcanzó una cátedra universitaria y que tanto ha hecho por dar a conocer la filosofía poliana, consta de un *Prólogo* a cargo de J.A. García González, tres secciones de artículos y un *Apéndice*. La Iª Sección ‘El Maestro’, está conformada por un trabajo de Leonardo Polo: “Técnica metafísica y religión” que, aunque responde a un escrito antiguo, ha sido corregido recientemente por el autor. La IIª, ‘Los compañeros’, está compuesta por 14 trabajos, de los cuales es de perfil poliano el de Juan Fernando Sellés: “El destino de la persona humana”. La IIIª Sección, ‘Los discípulos’, la conforman 7 artículos, de los cuales son le impronta poliana los siguientes: J.A. García González: “La razón humana, según Leonardo Polo”; Juan José Padial: “Nominalismo e idealismo en Espinoza y Leibniz”; Rafael Corazón: “Antropología trascendental y antropología teológica”, y Francisco Molina: “Conciencia y destino”. El *Apéndice* ofrece, entre otras cosas, la bibliografía de Ignacio Falgueras, a cargo de Cristina Rodríguez, y una explicación del Instituto de Estudios Filosóficos Leonardo Polo, por Paloma García Briones. Otros artículos de este libro en los que aparecen referencias a Leonardo Polo son los siguientes: Hugo Renato Ochoa: “Libertad y necesidad como articulaciones del Yo”; José Ignacio Murillo: “La búsqueda de la felicidad y la regla de oro”; Gabriel Martí, “El autotranscendimiento en Aristóteles: la segunda naturaleza del alma”, y Alejandro Rojas “la influencia de Schelling en la cátedra de historia de la filosofía moderna y contemporánea de la Universidad de Málaga”.

Además de los mencionados colaboradores, esta obra incluye buenos trabajos de los siguientes conocidos profesores: de Munich: Wilhelm Jacobs; de Pamplona, Juan Cruz, Ángel Luis González y Rafael Alvira; de Granada: Armando Segura; de Sevilla: Juan Arana y Jacinto Choza; de Barcelona: